

EDITORIAL

SERVIR A LOS CIUDADANOS

La constitución de las nuevas Corporaciones locales, cumplida en todo el país, salvo algunas excepciones pendientes de recursos, el pasado 30 de junio, entraña una sensible variación en el mapa político nacional, siquiera sea en este escalón político primario que son los Ayuntamientos. El nuevo parto político y electoral—que ha tenido la gestación múltiple de elecciones municipales, parlamentarias europeas y autonómicas o a Juntas Generales (según comunidades)—, cierra un nuevo ciclo democrático, en cuyo desarrollo—como de costumbre—han mediado intemperancias de campaña, algún que otro navajero y, posteriormente, presuras y negociaciones en la búsqueda de las ansiadas mayorías pactadas que permitan gobernar con una cierta comodidad.

Si no de una manera absoluta—porque no pocos Ayuntamientos españoles van a vivir en precario, pendientes de la moción de censura que daría al traste con no pocos de los alcaldes recién electos—si es cierto que, por lo menos, se ha cerrado el ciclo «populista» y directo de toda elección democrática. Es decir: los ciudadanos ya se han manifestado; ya han elegido. Corresponderá ahora, una vez más, a los políticos, interpretar correcta y honradamente lo que dictaminaron las urnas.

Pero, en el campo estrictamente municipal, la larga y agotadora pugna política de pre-campaña, campaña, elec-

ciones y, en su caso, pactos, ha de dar paso ahora al pragmatismo, de modo y manera que las Corporaciones locales—y, naturalmente, los titulares políticos de sus diversas áreas de gestión—sirvan realmente a los ciudadanos. Este servicio, en algunos aspectos, puede ir impregnado de ideología; pero, en los más, la ideología deberá quedarse en vitola, para responder a la resolución real de problemas auténticos. Sucintamente: tanto da que un alcalde provenga de éste o de aquel otro partido, si de lo que se trata es de rebachear una calle, de instalar un semáforo o de impulsar los tradicionales festejos con motivo del patrono. Parece claro que, en la gobernación municipal, los ciudadanos—aun con las simpatías político-ideológicas que procedan—lo que quieren es que se gobierne acertadamente el municipio. Un somero resumen de lo que puede entenderse por gobernación acertada del entorno municipal—que es el más inmediato—no diferiría mucho de estas coordenadas: administrar con sabiduría, prudencia y austeridad los recursos que proporcionan los propios ciudadanos, de modo y manera que—sin darle más vueltas al asfixiante y desmesurado

tornillo fiscal, llámese «tasas» o llámese «impuestos», que al bolsillo ciudadano viene a darle igual la denominación—, sean atendidos aquellos servicios y aquellas necesidades más perentorias y urgentes. Y que, desde luego, atendidos o no, sean escuchados todos. Y que nadie pretenda que unos votos de más consagren prepotencia alguna porque también están ahí—con su voz y con sus derechos—los que obtuvieron unos votos de menos, que son también ciudadanos.

Si hay alguna política que haya de ser «política de hechos», ésa es, evidentemente, la política municipal, que es la que más directamente ha de servir a los ciudadanos. Por esas mismas características, la política municipal es la más acertada y severamente analizada y seguida por la ciudadanía. Ese seguimiento les corresponde también, naturalmente, a los medios informativos. Y, en este sentido, nuestra misión es la de siempre: ayudar a cuanto contribuya al bien común, sin que el señalamiento de lo bien hecho constituya lisonja, ni la denuncia de los defectos y carencias pueda interpretarse como ataque.

Ante los nuevos responsables de los Ayuntamientos españoles se abre, en fin, una etapa que la ciudadanía desea llena de logros y de eficacia. Será gratificante para todos, andando el tiempo, reconocer que esta nueva etapa recién abierta se consuma, en efecto, con acierto.

El Consejo de Bruselas

Antxón Sarasqueta

MADRID. Lid. El proceso comunitario no es acto para impacientes. Algunas veces, además, los medios de comunicación alteran la realidad de la vida comunitaria, hablando de éxito y fracaso de una negociación en términos que parecen definitivos para la vida o muerte de la CEE. Tampoco puede mitificarse lo que se denomina «política europea», porque sencillamente no existe. Una comunidad no es una unidad, equívoco que se produce con frecuencia. La Comunidad Europea trabaja sobre la base de la coordinación y la obsesión permanente en función de los intereses muy dispares de doce estados soberanos. La vida económica, comercial y financiera es una de las bases comunitarias: los grupos y empresas privadas hacen ne-

gocios. Sean europeos o no. Los gobiernos hacen negocios nacionales.

He querido apuntar este preámbulo antes de analizar directamente los resultados de la cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de la CEE, para situar la perspectiva global de los asuntos comunitarios.

¿Qué han buscado en Bruselas el lunes y martes los líderes de la CEE? Como siempre el interés común defendiendo sus respectivas posiciones. La reserva británica a la reforma de la financiación acordada por los restantes miembros, y la situación de bloqueo a la liberalización del espacio aéreo, por el veto español al rechazar la vinculación de Gibraltar mientras no se resuelva el contenido de su soberanía, son acontecimientos importantes, pero pasajeros.

El acuerdo sobre precios agrícolas también ha atravesado por una situación de tensiones y desacuerdos. Se ha llegado al límite de tiempo. Pero finalmente la pasada madrugada se ha producido el acuerdo por indicación de los jefes de Estado y de Gobierno que habían estado reunidos hasta la noche anterior.

Mayor trascendencia tiene la entrada en vigor del acta única europea que, entre otras cosas permitirá a partir de ahora la dinamización política y un mercado sin fronteras dentro de la CEE.

Las decisiones comunitarias se tomarán por mayoría, y no por unanimidad, lo cual agiliza el proceso comunitario. Sin embargo, mayores dificultades se encontrarán para que todos los estados miembros respondan a una política exterior conjunta.

El proceso comunitario está espoleado por una dinámica interna imparable de las relaciones supranacionales y la necesidad política y tecnológica de enfrentarse con mayor capacidad que la actual a la competencia de colosos como Japón y Estados Unidos.

Es cierto que hay una confrontación entre los intereses del norte y del sur de Europa, pero es algo inevitable. Porque responde a dos realidades distintas. No obstante, la Comunidad tendrá que superar—al menos en parte—sus desequilibrios, para disponer de una capacidad y fortaleza en sus intereses frente a terceros, también como un factor de estabilidad interna.

Cuando se habla despectivamente de la Europa de los mercaderes, es otra distorsión de la realidad. Porque la sociedad europea es mercado y cultura. El factor político es el que más necesita adaptarse a una realidad avanzada. Los gobernantes están más constreñidos por las burocracias administrativas y los expertos, que por la necesidad de alcanzar objetivos políticos con visión histórica. Esa es la lectura que corresponde a los resultados del último Consejo Europeo de Bruselas. A pesar de lo cual la vida cotidiana de los ciudadanos es, en la práctica, más europea en el estricto sentido de sus intereses y filosofía.



LA SERPIENTE DE LA CRISIS DE JULIO

Pilar Urbano

MADRID. ¿Ustedes se acuerdan de cuando aquí mandaba Franco? Bueno pues ahora no es que sea igual, pero hay curiosísimas semejanzas. Por supuesto, salvando las distancias entre aquella *democracia orgánica* y esta *democracia ortopédica*, hegemónicas las dos «de hecho», aunque ninguna de las dos «de derecho». «Memento homo...». El 10 junio 87 el PSOE sólo obtuvo 7.179.295 votos, que ya no son los diez millones de la «victoria» del 82, y que representan nada más que el 36,6 % del electorado. Por eso digo que pueden hinchar le pecho, de hecho, pero no de derecho. Y voy a las semejanzas. Dejo a un lado, por facilonas, las imágenes del «Azor» veraniego; el inexpugnable palacio de invierno presidencial; las solemnizaciones con que se encorseta, envira y protocoliza la figura y el menor de los gestos del «jefe nacional». El hermetismo informativo en torno a las grandes decisiones políticas, cuya opacidad sufren hasta los propios ministros. Dejo también a un lado el que las reuniones del comité federal del partido en el poder sean cada vez más parecidas a aquellas del Consejo Nacional, donde nadie «aconsejaba» nada que no estuviera ya previamente elaborado por los cortesanos de El Pardo, y aprobado por su excelencia. Dejo, y ya es dejar, el que hoy como ayer, a pesar de la fachada, los tres poderes del Estado, el legislativo, el ejecutivo y el judicial, estén en la tendencia—cuando no en la obediencia—de una misma cuerda. Y el cuarto poder, el televisivo, también.

Y puesta a dejar a un lado excluyo de este comentario otros flashes de asombrosa coincidencia en los usos como, por ejemplo, que Felipe en 1987 ya no levanta la mano en puño (tampoco Franco, en 1967, alzaba la palma en saludo falangista-casista); o que cuando Felipe «deja que se le despidan» un colaborador íntimo lo hace enfajándole con una recompensa de vitola internacional. Y así Julio Feo sale de la Moncloa avalado por el secretario gene-

ral del PSOE para integrarse en la Trilateral. Franco hacía lo mismo, y catapultaba al «ex» hacia alguna embajada de postín. Entonces no teníamos visado en la Trilateral. Y ahora no quedan embajadas de gratificación. La última, la de ese pequeño país perdido en el mapa...—los Estados Unidos de América, creo que se llama—se la dio don Felipe a Santamaría, el hombre que mandaba en las encuestas del CIS.

Pero lo que no dejo al margen es «la crisis de julio». Antes, cada julio ya se sabía: la serpiente de verano de la crisis de Gobierno, sino «crisis de ministros». Matiz sutil. Empezaban a circular quinielas y los enterados susurraban «tengo una lista». Los nombres de todas las listas eran los mismos, y los mismos que ya estaban en el Gobierno. La única adivinanza era acertar de qué modo se intercambiaban las cartetas. Bueno, pues... ahora es igual. Antes decías: «¿Y a dónde va Garicano? ¿Y a dónde va Solís?». Y, ahora, ¿a dónde va Barrionuevo? ¿A dónde va Almunia? La pobreza del «dramatis personae» es idéntica. Con Franco, porque el general prefería «lo malo conocido, a lo bueno por conocer» y para una vez que se aventuró con novedades nombró a Julio Rodríguez ministro de Educación... por un error. Con Felipe no es por desconfianza al género nuevo. Es peor: no hay género nuevo. No hay dispensa de ministrables. Y te dan la quiniela: «Benegas a Interior; Barrionuevo a Defensa; Serra a Economía; Solchaga al Banco de España; o tal vez al Exterior, y entonces Boyer, al Banco de España; Julián Campo vuelve y sustituye a Croissier; Leocadio Marín pasa de Cruz Roja a Sanidad; Peces Barba a Justicia, o quizá a Educación...». O sea: con urnas y sin gorras de plato, pero... casi, casi lo mismo. Con una diferencia: antes se sabía quiénes eran Castiella, López Bravo, Solís, Cabanillas... Ahora a estas alturas seguimos preguntándonos ¿de qué es ministro Cosculluela?

EL CASO DE LEÓN

Emilio Romero

MADRID. El protagonismo histórico y político de León está fuera de toda duda. Es una de las grandes relevancias nacionales y unido a Castilla forman la comunidad, entre las diecisiete que componen el modelo de Estado actual. En los últimos tiempos ha surgido un alcalde popular, Juan Morano, a la manera como surgió en Santander Juan Hormaechea, con la identidad actual de independiente, y cualquiera que hayan sido sus itinerarios. Hormaechea ha vuelto a triunfar en Cantabria y esta vez como presidente de la comunidad autónoma, y Juan Morano ha obtenido la situación de «minoría más votada», por encima del socialismo, de la derecha y del partido de Suárez. Ello quiere decir que una mayor parte de los leoneses están de acuerdo con Juan Morano y, según dicen las crónicas, mucho más por su espíritu de leonés clásico que por su gestión de alcalde. Ocurre en León que su protagonismo histórico no ha muerto, y los leoneses aspiran a ser entendidos con un rango mayor que el de una provincia. A los efectos de que ni la comunidad autónoma ni el poder central sean olvidados con esta importante región. Pues bien: en León han fabricado un verdadero contubernio de socialistas, de suarecistas y de la derecha y han arrebatado la Alcaldía a Juan Morano y a sus concejales independientes; y se ha elegido alcalde a un representante de Alianza Popular. El reproche y la crítica más eviente tendrán que dirigirse al socialismo, en virtud de ese principio que inmortalizó Felipe González y que fue el de la «ética». En este asunto se ha producido la picaresca del aprovechamiento. El gran rival del socialismo en León es Morano y sus independientes. Los otros no lo son. La diferencia del socialismo con Morano es de tres concejales menos y, de esa manera, puede condicionar la gestión de sus felices y disparatados colaboradores, que son los de AP y los del CDS, con sus representaciones raquíticas. Si menciono este ejemplo es para ofrecer una muestra de contubernio intelectual. Hay más.